

La diferencia entre cambio profundo y cambio superficial: claves para generar nuevos paradigmas.

En algún momento de nuestra vida todos hemos hablado de cambio; cambio en nuestro comportamiento, de lugar de residencia, de partido político, de escuela. Algo interesante es que parece ser una idea general tener cierta animadversión hacia el cambio mismo. A veces, inclusive, llamamos cambio a lo que no lo es ni en pintura. Tratemos de responder algunas interrogantes y hagamos algunas predicciones locas acerca de nuestro futuro como sociedad.

Los griegos llamaban *metanoia* al cambio profundo, al cambio fundamental, para diferenciarlo del cambio superficial o pasajero. Se referían al cambio de un San Pablo, personaje bíblico, al de un cambio en las llamadas ideas por Platón, a un cambio de creencias de carácter cosmogónico. Hoy en día, muchas personas reportan cambios así de dramáticos por ejemplo con experiencias religiosas o místicas.

Pareciera como si hubiéramos reducido a un mínimo nuestra capacidad de asombro, o aumentado a un máximo nuestras exigencias para llamar a un acontecimiento milagroso o transformador. Es decir, creemos que para que cambiemos sustancialmente alguna de nuestras tan apreciadas creencias, necesita pasar algo sobrenatural o inexplicable y entonces sí nos damos permiso para creer en algo nuevo, para cambiar nuestra vida a veces miserable y mediocre, por una de mayor trascendencia.

Quizás, lo primero que se tiene que transformar sean nuestras creencias acerca del cambio. En dos aspectos: acerca de qué hace falta para cambiar y acerca de a qué llamamos cambio. Podemos llamar cambio, por ejemplo, a utilizar las computadoras hoy en día como herramientas de trabajo o también a enviar un correo en lugar de hacer una llamada de teléfono. Pero analizadas estas dos cosas con más detenimiento, solo representan hacer lo mismo de antes pero con mayor rapidez, lo que significa que se trata de un cambio solamente superficial.

Cambio profundo pudiera ser pasar de una mentalidad de empleado a una de autogenerador de riqueza o modificar el contenido de lo que se enseña en nuestro tradicional sistema de enseñanza, no solamente las técnicas de enseñanza. Aprender más rápido lo que de todas maneras no asegura nuestro futuro, no representa ninguna ventaja competitiva.

¿Qué podemos esperar a futuro? Una respuesta fácil y correcta sería decir que todo se puede esperar, lo que sea. Nada está ya seguro, pues en cuestión de segundos puede resultar obsoleto. Pero sí me atrevo a decir que aquellas cosas que se vienen haciendo hoy en día como hace cien años o más, necesitan cambiar.

Un presidente toma posesión cambiando las palabras protocolarias, cosa por demás irrelevante, y se movilizan recursos económicos e intelectuales de los legisladores para discutir acerca de la mayor tontería de la que pudieron echar mano en ese momento. Un texto escrito hace cien años, no puede reflejar la realidad actual. Y si lo hace, hace rato que estamos muertos y todavía no nos damos cuenta.

Lo mismo sucede con la mayoría de las costumbres y normas aprendidas en la empresa contemporánea: hace rato son obsoletas pero inamovibles. Se sigue gobernando con la división de poderes de Rousseau, como si las circunstancias de hoy en día fueran las mismas de hace trescientos años. Los organigramas en las empresas han cambiado tan poco como los organigramas de las estructuras del servicio público o gobierno. Y no se trata de reducir gente, se trata de cambiar la forma de actuar y tomar decisiones.

El matrimonio (ya sé que este comentario traerá polémica) está más obsoleto que la primera computadora personal que se creó. Consideramos que las actuales tasas de divorcio muestran algo inadecuado, algo en descomposición en el ser humano y yo me sigo preguntando por qué. Quizás no reflejen algo en descomposición sino algo en evolución.

La economía se encuentra hoy en día como la medicina hace cien años: se le ponen sanguijuelas al país para bajar la temperatura, pero nos morimos de anemia. Ahí les va mi predicción en el ámbito social: van a cambiar las relaciones ciudadanos-gobierno, las relaciones entre las personas en el ámbito sentimental y legal y la economía en su aplicación para la distribución de la riqueza, labor bastante mal desempeñada durante los últimos dos mil años.

Por supuesto, también vienen grandes cambios en la biotecnología, en las relaciones espirituales con las distintas religiones y en la educación. En resumen, el cambio no está en los instrumentos, **sino en los sueños que nos podemos permitir tener ahora que contamos con esos instrumentos.**

Y todo este cambio, comienza con uno mismo. Cambiar es más fácil de lo que uno piensa y mucho más rápido. Hay que cambiar, primero, el tipo de preguntas que nos hacemos todos los días y las respuestas a las nuevas preguntas constituirán nuestra aportación a un mundo mejor.

Por Francisco Cáceres Senn